

Aproximación diagnóstica a la juventud de hoy

Aquilino Polaino Lorente

Catedrático de Psicopatología de la Facultad de Medicina. Universidad CEU-San Pablo.

En *La juventud, a examen*. XXIII Curso de Pedagogía para educadores. Fundación Universitaria Española. Madrid, 2009. Págs, 35-69. ISBN. 978-84-7392-763-5.

En la perspectiva del nuevo cambio cultural: ¿es grande ser joven?

La fragilidad de la duda: entre el temor y la esperanza

Dependencia-independencia

Emotivismo adolescente y analfabetismo afectivo

Sexualidad y afectividad: un matrimonio mal avenido

La educación del deseo

Libertad-seguridad

Desenredar el miedo al compromiso

¿Han progresado los jóvenes?

¿Son coherentes los adultos que critican a los jóvenes?: la equidad entre generaciones

Al encuentro con la felicidad

Los jóvenes actuales, en la perspectiva del nuevo cambio cultural

La juventud actual es muy numerosa y diversa, por lo que resulta inviable esbozar un aproximado diagnóstico que le haga justicia. De otra parte, cuando hablamos de la juventud actual nos estamos refiriendo a una abstracción, porque sólo podemos establecer contacto con éste o aquél joven, que es singular y en modo alguno representa a todos los de su generación.

Desde el pórtico de esta introducción, el autor solicita la comprensión y benevolencia del público al que dirige estas palabras. Les ruega, además, que no tomen en un sentido estricto las afirmaciones vertidas en esta colaboración, sino sólo de un modo aproximativo y lato, dado que carecen de cualquier verificación empírica, y su fundamento no es otro que el poso que los diversos acontecimientos han dejado en la experiencia de su autor.

Al desarrollar un diagnóstico de los jóvenes hay que tener en cuenta que se ha producido un gran cambio cultural, un vuelco cultural del cual los jóvenes apenas si tienen experiencia. No han vivido el tiempo anterior a producirse el reciente cambio y, por consiguiente, no disponen de las referencias necesarias que les permitiría percatarse de los cambios producidos. La mayoría de ellos –supongo que estarán de acuerdo conmigo- están en un estado de confusión, sin apenas saberlo ni quererlo.

El cambio a que me refiero es un cambio especialmente importante, además de muy acelerado, si acudimos a muchos parámetros que afectan a lo más radical y profundo de la condición humana, es decir, a lo que constituye el “núcleo duro” y autoconstitutivo de la persona.

En este contexto, es donde debiera bucear un diagnóstico social de la gente joven, por supuesto sin implicaciones psiquiátricas, y todo esto con mucha prudencia. Los jóvenes actuales están viviendo en plena crisis cultural, con independencia de que tengan conciencia de ello o no. Para darse cuenta de lo que sucede, les bastaría con escuchar a las personas mayores de sesenta años y que les contasen cómo era el comportamiento y el clima social en nuestro país, tres décadas atrás, o les sería suficiente con que conocieran un poco mejor lo que ha sucedido en nuestro pasado próximo.

Los cambios que han ido emergiendo, -que seguro no han caído del cielo sino que probablemente han emergido desde la intencionalidad de algunas personas-, han suscitado numerosas crisis personales, culturales, institucionales y sociales. Desde la perspectiva etiológica, son muchos los factores implicados en estos cambios: de la política a la educación, del estilo educativo familiar a nuevos comportamientos que paradójicamente han devenido en tradicionales, de ciertas convicciones vigorosas que al disolverse han generado una incertidumbre generalizada.

Por supuesto que esto tiene que ver con la política, pero no sólo con ella. Por solo citar otro factor relevante, cabe mencionar aquí la introducción y masiva generalización de las nuevas tecnologías. Las nuevas tecnologías, sin duda alguna, nos han proporcionado cosas muy positivas -yo mismo no habría podido preparar esta colaboración si no fuera por el ordenador que uso-, pero también han dado pie a algunos abusos entre los usuarios, que conducen al individualismo y la adicción, al aislamiento social y la cerrazón hermética respecto del otro.

¿En qué sentido afecta a la gente más joven este vuelco cultural? En muchos sentidos, fundamentalmente a causa del *vuelco axiológico* que se ha producido. Llevamos oyendo, durante más de 30 años, que hay “crisis de valores” y, sin embargo, no parece que se haya acertado a esbozar solución alguna.

En lo que respecta a ese diagnóstico suele haber un extenso consenso pero, ¿sucede lo mismo respecto a la toma de decisiones para implantar los necesarios valores que nos faltan y así acabar con la crisis? No, no parece que haya acuerdo alguno a este respecto. Es más, probablemente no haya ni ganas de afrontar, como es necesario, ese problema.

En opinión de quien esto escribe, es probable que la solución esté, en lugar de seguir hablando de “crisis de valores”, en atrevernos, de una vez por todas, a llevar a cabo una auténtica “educación en las virtudes fundamentales”. La así denominada “crisis de valores” constituye un diagnóstico social ambiguo y abstracto, y por tanto con escasa capacidad para identificar y abordar esos problemas concretos. Ese diagnóstico no tiene el necesario rigor, aunque tal vez tenga un efecto consolador, pero en modo alguno se sustanciara así los problemas.

Hay demasiados elementos que acompañan y derivan de este cambio cultural. Ahora está presente la crisis económica –que sería mejor denominar como *crisis moral*-, pero antes ya estaban el contrato basura, los universitarios en paro que buscan su primer empleo, el déficit de motivación juvenil para luchar contra la adversidad, la duda, la desilusión y el escepticismo, que les hunde en la conciencia perpleja. Junto a ello, los jóvenes actuales no tienen reparo alguno en hablar de sus cosas íntimas con el primero que se encuentran. Ha desaparecido en ellos esa reserva –entre tímida y desconfiada- que caracterizaba a la juventud de hace 30 años. Algunos hablan de una mayor *sinceridad*, pero a veces esta sinceridad está un poco oscurecida, porque no se está dispuesto a cambiar. Tal vez a causa de ello la aludida sinceridad no se identifica con la *autenticidad*; se puede ser sincero y, sin embargo, no ser auténtico.

La cultura posmoderna –a la que algunos titulan como post-metafísica-, en que estamos instalados, a pesar de habernos aportado muchas cosas positivas, nos ha situado, no obstante, en un ámbito incierto en el que la persona no hace pie en sí misma.

Como escribe von Gebattel (1966), “hay que reconocer que el hombre nunca ha sabido tanto de sí mismo como en la actualidad, y que, en el fondo, nunca ha sabido menos en todo lo que se refiere a su definición y al sentido último de su existencia. (...) Esta problemática del hombre avala los fundamentos en que se asienta nuestra actual situación histórica. Desde este punto de vista, representa una desgracia mayor que cualquier catástrofe exterior... El cimiento sobre el que el hombre debe construir oscila amenazado, y más por fuera que por dentro” (pp. 80 y 178).

La sociedad de la abundancia ha disparado el consumismo. En una sociedad así –aún siendo mejor las posibilidades de tener que la total carencia acerca de lo más elemental-, se pueden hacer muchas cosas, hasta incluso “morir de confort”. ¿De qué le sirve al hombre tener todo si no se tiene a sí mismo? ¿Qué consecuencias genera el hecho de ser tenido por aquello que supuesta o realmente se tiene? ¿Qué hará el hombre cuando experimente en su carne indiferente y ahíta de tanto consumir la completa saciedad del tener?

El cambio cultural se ha producido con tanta rapidez que se trata más bien de un vuelco cultural, en el que en medio de la abundancia está presente la fragmentación de la persona y la desorientación respecto de la vida. De una u otra forma, hoy lo que está más en crisis es la *identidad personal*. Tanto se ha insistido en la autoconstrucción del yo, que el yo se ha hecho finalmente autónomo. Pero, ¿qué más? ¿Qué hay tras de eso?

La autonomía del yo y la cultura del yo se muestran insuficientes a la hora de orientar a la persona. La imagen se rebela al fin contra el ser del que procede. La semejanza opta por la desemejanza. La persona se olvida de su origen. Ahora es capaz de autosatisfacerse a sí misma y no experimenta necesidad ni dependencia

alguna del Otro. La persona ha devenido en el nuevo absoluto. Su única función – la que le configura como independiente- es la de construirse a sí misma.

Ante la pregunta de “¿Quién soy yo?”, algunos responden con la mera descripción de lo que hacen: ‘el que a sí mismo se construye’. Pero la más elemental reflexión pone de manifiesto que nadie se ha dado el ser a sí mismo; que cada persona ha tenido un origen que no es ella misma; que muchas de ellas no conocen el origen de su propio ser; en fin, que hay mucho más de misterio que de conocimiento en ese presumido demiurgo, que tan ufano se declara “constructor de sí mismo”.

El rechazo de ese misterio personal constituye una poderosa huída de la realidad, de la realidad que más interesa a la persona: la realidad que ella misma es. El *rechazo del misterio* suele acompañarse del rechazo de toda la religación a la que éste va unido.

Una vez que no se está dispuesto a acoger la propia realidad personal, tal y como es, entonces se apela al azar, a lo indeterminado y absurdo. Respecto de las nuevas ‘categorías’ a las que se apela –y la insatisfacción explicativa proporcionadas por ellas-, es lógico que se emprenda un nuevo ensayo de rebeldía frente al ser. Si el ser no se explica, entonces hay que construirlo. Se inicia así el itinerario del *autonomismo*. Un itinerario cuyo origen no es otro que la rebeldía contra Dios. Un itinerario que repite el error primitivo de aceptar como propia la invitación al ‘seréis como Dios’.

El itinerario de este *independentismo radical* comienza por la actitud de no desear molestar a Dios con nuestras futilidades y naderías. Pero en esa actitud, “se oculta con frecuencia la duda de si Dios es verdaderamente capaz de responder a las realidades de nuestra vida y la duda de si Dios puede cambiar nuestra situación y entrar en la realidad de nuestra existencia terrena” (Ratzinger, 1990).

De otra parte, el cambio cultural no parece que sea un mero fenómeno espontáneo. Hay también, qué duda cabe, políticas que propician ese cambio en una muy concreta dirección, a través del diseño de una afinada, sutil y poderosa *ingeniería social*. Dado el compromiso de estos nuevos factores, el cambio cultural no puede entenderse como un mero “cambio climático”. De aquí, que ante el actual vuelco cultural que está sufriendo Europa, quepa preguntarse: ¿Se trata de un mero cambio cultural o de un *cambio moral y antropológico*, con todas sus consecuencias?

A ello hay que añadir, por su especial relevancia, otros numerosos factores como, por ejemplo, la globalización en la sociedad de la comunicación y del conocimiento; la eclosión de las migraciones, los nacionalismos y los terrorismo; la vigencia y presión del pensamiento dominante, con suficiente capacidad para moldear el imaginario colectivo; la ideología de género y su incidencia en la fragmentación de la unidad de vida de las personas, etc.

Lo que hay detrás del nuevo cambio social es algo más que un *cambio de paradigma*. Se trata ante todo de la emergencia de una *nueva antropología*, en la que se ha modificado de forma sustantiva la misma concepción de la persona. A esto es exactamente a lo que se alude cuando hablamos de la “crisis de valores en la sociedad actual”.

La ausencia de referencias axiológicas y las contradicciones de los diversos estilos de vida ahora al uso contribuyen a la desorientación de los jóvenes. Lo frecuente es que un joven expuesto a los anteriores factores esté desorientado. Pero no se puede vivir instalado en la continua desorientación, pues genera una poderosa confusión acerca de la vida. El joven, por eso trata de resolver, de forma

sectorial y fragmentaria, los diversos ámbitos de su propia vida, aunque los fragmentos que resulten de esta manera de actuar no puedan entre sí ensamblarse.

Esta fragmentación disuelve la unidad de la persona, de manera que cada sector o ámbito del comportamiento humano nada tiene que ver con otro más próximo o lejano, con el que le precedió o le sigue. En estas circunstancias, lo frecuente es que aumente la inseguridad en sí mismo

La vida como entretenimiento

A estos factores hay que añadir otros. La crisis actual de la juventud se debe en parte a la ausencia de dedicación y compromiso de las personas adultas. Acaso por eso, me ha costado mucho admitir que una persona de cierta edad hable mal, en general, de la juventud actual. Cuando esto ha ocurrido, con frecuencia les he interrumpido en sus quejas y les he formulado la siguiente pregunta: ¿Cuántas horas de tu vida las ha gastado compartiéndolas con la gente joven? Ante el silencio como respuesta, suelo añadir: si “la juventud está mal” –como tú dice- es porque las personas de nuestra generación están mal, ya que no le hemos dedicado el tiempo necesario.

En la sociedad en que vivimos se piensa que la gente joven sirve para muy poco: que son muy flojos, que lo han tenido todo y lo siguen teniendo. Y lo peor es que es verdad. Muchos jóvenes hoy agotan y agostan sus vidas en el mero entretenimiento: *la vida como entretenimiento*. Entretenimiento significa aquí que uno esta tenido entre las cosas, que no sabe donde ir ni qué hacer con su propia vida, y va matando el tiempo que es matar su vida, porque la vida humana es irreversible y además escasa, pues enseguida se acaba.

Estar entretenido es estar más o menos distraído entre las cosas, ahora bien ahora mal, me angustio, me recupero, cojo un cierto equilibrio, me desajusto, atravieso otra crisis, la remonto y me equilibrio, pero sin sentirme la persona que conduce su vida a un puerto seguro. No, no disponen de ninguna seguridad para mañana. Mientras tanto, cambiar de cadena es para ellos un entretenimiento, y lo mismo les sucede con el móvil o Internet, instrumentos que, mal empleados, pueden generar en ellos una poderosa adicción.

Un país como el nuestro en el que de los 45 millones que sobrevivimos cada día un 49,6% usa a diario Internet, y de esos 23 millones de internautas, un 30% posiblemente sufra de cierta adicción al ordenador.

Por tanto la generación anterior no lo ha hecho bien, por lo que no tiene legitimidad para juzgar a la actual juventud. El *factor educativo* ha sido el que más ha fallado y, por consiguiente, una de las principales causas de la actual crisis de la juventud. En realidad, muchos de los jóvenes que hoy no creen en sí mismos –lo que es una constante en esta etapa de la vida-, se sienten además engañados. El imaginario colectivo, la imagen social que de ellos se ha construido es la de que no pueden valerse por sí mismos.

En la actualidad, una persona de 20 años sufre una poderosa inseguridad básica, antropológica y biográfica, pues junto a sus dudas e incertidumbres no dispone de un proyecto de vida, está poseído por los juegos y entretenimientos y tiene muy escasa experiencia de la vida. El mundo actual también se está globalizando en lo que respecta a los jóvenes. El modelo de su comportamiento se aproxima mucho al de los niños de una inmensa guardería infantil.

Asistimos a otra paradoja relevante: De una parte, sus expectativas siguen siendo altas; de otra, su credibilidad acerca de sus personas es muy baja, por lo que piensan que nunca alcanzarán la meta deseada o imaginada. Además, como no se conocen, suelen subestimarse, lo que constituye un relevante error adicional. Esto contribuye a que magnifiquen la percepción negativa que de sí mismos tienen, sin apenas considerar los rasgos positivos que, sin duda alguna, también les caracteriza.

Si las personas mayores que les rodean y a las que admiran (en especial sus padres y profesores) les insisten en que no sirven para nada, en que todo lo hacen mal, en que sus vidas son un desastre, pues al final se queda en casa hasta los 32 años. Eso es prolongar el infantilismo, algo que es un error intolerable porque les hace mucho daño.

En mi opinión, la gran mentira del mundo actual consiste en que padres, educadores y administraciones educativas -estado de bienestar, incluido-, han subestimado sistemáticamente el poderoso valor de cada persona joven, sin cuya consideración no puede haber futuro, ni sostenibilidad social, ni biografía personal, ni humanidad.

El joven que es subestimado también tiene su parcela de responsabilidad. Si acepta ese diagnóstico es porque considera que le “viene bien”, ya que dejará de exigirse y en todo dependerá de sus padres hasta los 32 años. Ese joven está bien comido, bien dormido y bien disfrutado. Pero al final esa persona no sabe quién es, no se tiene a sí mismo, no se siente útil y considera su “dependencia” de los padres como una pesada carga, muy difícil de soportar. De aquí que, en lo relativo a su “balanza personal”, como no da nada de sí, cada día se hunda más en la exclusiva percepción de sus rasgos negativos.

Pongo un ejemplo de la consulta. Una vez atendí a un chico de 20 años, que fumaba “porros” y habitualmente consumía alcohol. Tenía dos hermanos más pequeños. Sus padres murieron, un poco después, en un accidente de tráfico. Un tío paterno les acogió. Pero este chico comenzó a darse cuenta, como cabeza de su familia, de la responsabilidad que tenía respecto de sus hermanos. En menos de un año cambió su comportamiento. Dejó el “porro” y el alcohol y comenzó a estudiar y a obtener buenas calificaciones. Poco después, encontró un trabajo de media jornada, con cuyos ingresos ayudaba a su tío en el sostenimiento de su familia. Comenzó a preocuparse por la educación de sus hermanos, sobre todo del menor, de 6 años. Entendió al fin que la familia que se había destruido era fundamentalmente la suya, y que él era responsable de ella. La desgraciada y trágica muerte de sus padres, paradójicamente, salvó su vida. Según él mismo comentaba, si sus padres hubieran vivido, jamás se habría planteado asumir esas responsabilidades y cambiar de comportamiento. Antes, con la ayuda de sus padres no podía; y ahora sin la ayuda de ellos, con la ausencia de ellos sí que podía. Y pudo más de lo que hasta ese momento había pensado.

Del anterior ejemplo surge una idea clara y distinta: cuando alguien nos protege, no nos exige y satisface nuestras necesidades, acaba por sustituirnos. Si los demás hacen por nosotros lo que cada uno puede hacer por sí mismo, nos anulan. Esa anulación se prolonga en dependencia. Una *persona dependiente* se instala en un estado de indigencia en el que, sometido a la “buena voluntad” del otro, le impide ser independiente, ser él mismo, ser la persona que realmente es.

Aunque esto os parezca muy negativo, estoy persuadido de que es así. Por un cariño malentendido, surge un excesivo proteccionismo y una ternura fingida (“vamos a ayudarle, pobrecito... que no se puede valer por sí mismo”). Esa persona

queda liberada de toda responsabilidad a fin de que haga de su vida un mero “entretenimiento”, lo que le incapacita para crecer. A una persona así no se le está dejando ser la persona que es. Se la están anulando y, lo que es peor, la persona a la que se anula, parece aceptar la anulación.

Un joven tendría que revelarse contra esta situación. La persona joven debiera aspirar, de acuerdo con su libre elección, a que se le exija más pues sabe que puede dar más de sí, que quiere crecer, llegar más alto, alcanzar ciertos objetivos que están casi siempre por encima de lo que los adultos han concebido para ella.

En relación consigo mismo, cada persona tiene que decirse “o yo me auto-exijo o por aquí no voy a ninguna parte”. No debiera admitir que su comportamiento dependa del de sus padres. Es mejor que crezca en independencia, que sepa que su comportamiento depende de su libre voluntad, que en cada caso sabe lo que tiene que hacer. Por consiguiente, si decide estudiar, estudia –sin que sus padres tengan que decírselo-, sencillamente, porque es capaz de superar su propia desgana.

Al proceder así, las personas que me sirven de apoyo y me quieren contribuirán a que yo sea yo, y me aceptarán como soy porque me quieren, pero evitarán anularme, subestimarme y machacarme. De este modo, esta persona se sentirá orgullosa de sí misma, se aceptará como es e irá creciendo en toda su estatura. Ha dejado atrás el confort y el consumismo al que había entregado su “vida entretenida”. Ahora está persuadido de que... ¡También podemos morir de confort! Ha descubierto que una persona que decide crecer tiene menos necesidades –el móvil, Internet, el MP4, la videoconsola-, que antes. Porque su propio proyecto vital como persona es tan atractivo que no se agota nunca, y por ello es una persona que crece, es independiente, madura y no tiene necesidad alguna de hacer *zapping* para que los botones la saquen del tedio de la indiferencia.

Una persona aburrída es la que se percibe a sí misma como indiferente; como su vida no es suya, ni le gusta ni le disgusta; por eso, todo le da igual. Pero, en realidad, sabe que no le puede dar igual, porque la vida es la continuidad de un día tras otro y cada minuto se va para no regresar jamás. Sabe, además, que dispone de muchas capacidades y valores positivos, que esperan ser desarrollados. Crecer en ellos es lo que le puede hacer feliz, poco importa lo que ello le cueste. Esos valores acrecidos son los que hacen de ella una persona valiosa. El hecho de que le cueste desarrollarlos es un buen indicio de lo mucho que valen. Todo lo que vale cuesta.

Dudo de que una persona joven que trabaja todos los días, que está motivada y se interesa por las cosas, que no se aburre, que no se toma la vida como apenas un entretenimiento, dudo de que esa persona, cuando acabe sus estudios, no encuentre un trabajo digno y bien retribuido, a pesar de la gran crisis económica que estamos padeciendo.

Es el bullir de la sangre joven que tiene hambre por realizar el proyecto de su vida como persona. Esto no admite sustituciones, ni proteccionismo, ni enchufes, ni vigilancia alguna. Esto es autoexigencia personal, expansión y crecimiento de la libertad que hace que una biografía tenga sentido o no.

El binomio libertad-seguridad

El tema de la libertad se ha contrapuesto en muchas ocasiones al de la seguridad. Libertad y seguridad hincan sus raíces y anidan en el corazón humano. Entre libertad y seguridad, hay un haz de relaciones muy complejas. Es cierto que,

en algunas ocasiones, la seguridad se contrapone a la libertad hasta el extremo de atenuarla o incluso hacerla inviable.

Pero no siempre es así. En otras muchas circunstancias, la libertad y la seguridad recíprocamente se necesitan, reobrando una en otra y acreciéndose o amenguándose ambas. En principio, parece impensable que una persona pueda experimentarse al mismo tiempo como radicalmente libre y radicalmente insegura.

En la experiencia subjetiva de muchas personas más bien sucede lo contrario: la inseguridad personal es experimentada como una cierta y sutil ausencia de libertad. Más aún, la inseguridad personal explana una cierta cautividad o esclavitud: el condicionamiento no elegido que, amenazando la intimidad, no puede encontrar salida hacia ningún sitio, al no haber identificado previamente la causa que le aterra y encadena.

No; en verdad no puede haber libertad humana sin que se satisfaga, aunque sea mínimamente, el supuesto previo de una relativa seguridad. Y esto se cumple tanto a nivel personal -en el ámbito íntimo y profundo de uno consigo mismo- como a nivel interpersonal y social.

De otro lado, ¿para qué le serviría al hombre toda la libertad de que fuese capaz, si no está seguro de nada? Una libertad así circunstanciada, consistiría más bien en una libertad meramente teórica e inoperante, por cuanto que el sujeto que así la vive encontraría muchas dificultades para determinarse a algo.

Algo parecido sucede si consideramos esa relación desde la seguridad ¿Para qué le serviría a un hombre su seguridad más perfecta y completa si carece de libertad? Cuando se radicaliza uno de los extremos del binomio libertad-seguridad, el mismo binomio desaparece. Se ha volatizado la necesaria tensión que debiera existir entre sus extremos.

Por otra parte, libertad y seguridad son inconfundibles -especialmente en el análisis especulativo-, pero ambas se concretan, se funden sin confundirse, en cada decisión de la persona, por irrelevante que ésta fuere.

El enmarañado mundo de las decisiones humanas se teje, inevitable y simultáneamente, con ambas. En realidad, en el plano del comportamiento empírico, libertad y seguridad son distinguibles pero no separables, resultando infructuosa en la práctica la acción de disecar con el bisturí una y otra dimensión en el concreto obrar humano. Seguridad y libertad constituyen la cara y la cruz, el haz y el envés de cada una de las opciones por las que apostamos.

De lo que se trata es de armonizar esas dos dimensiones del comportamiento humano de tal manera que enriqueciéndose cada una de ellas independientemente, la conducta que de ellas resulte sea completamente humana, es decir, que esté a la altura del hombre y le impele a desarrollar su más alta estatura, su estatura más digna. Nos va mucho en ello a los humanos. Pues, forzosamente, cuando no se da ese equilibrio, es señal cierta de que hemos arrinconado, despreciado casi, una de estas dos dimensiones, en favor de su opuesta. Y esa renuncia la paga el hombre siempre con creces, con sufrimientos que además de ser dolorosos, son en muchos casos negligentes y por ello penables.

Por nuestro oficio, los psiquiatras sabemos algo de estos sufrimientos esterilizantes y estúpidos: la inseguridad del neurótico y sus consecuencias (desconfianza, duda, dependencia de los demás, etc.) puede constituir un buen ejemplo para ilustrar lo que acabo de decir. Este ejemplo es real y está muy extendido entre los jóvenes; mucho más de lo que algunos suponen.

El entretejerse de la renuncia y el compromiso en las decisiones humanas

La libertad se hace patente al actuar. En las decisiones y acciones humanas, la libertad se desvela y manifiesta. El acto de elección constituye la operación donde la libertad se encarna (la encarnadura de la libertad), a la vez que su manifestación, el lugar donde ésta se manifiesta y hace patente.

Ahora bien, elegir significa determinar algo y autodeterminarse hacia algo; elegir es tanto como determinación, salida de la indeterminación previa. Determinarse es *forzarse libremente*; un movimiento por cuya virtud la voluntad se determina en una cierta dirección, mientras renuncia a otras trayectorias posibles (Marías, 1979). Una vez que la voluntad elige, ella misma es arrastrada en la dirección de lo elegido, lo que implica un cierto y misterioso “forzamiento” de sí misma, desde ella misma.

Esa atracción -determinación de la voluntad- obliga a recorrer un camino y mientras que éste se está recorriendo resulta inexcusable apartarse de él, volver la mirada hacia atrás para estimar otras posibilidades que, un momento antes, fueron desestimadas y renunciadas.

Salirse de la trayectoria que se eligió, cuando aún no se llegó a dar alcance a lo elegido, es tanto como extraviarse, enajenarse y perderse, a la vez que se pierde lo que ya se había obtenido. Un comportamiento que se perfilase así estaría falto de sentido, sería una incongruencia biográfica, un acto no del todo intencional, no propositivo, ateleológico; en una palabra, una acción comportamental funcionalmente inútil, desadaptativa, disolvente casi del sujeto que la realiza.

Pero, examinemos más despacio la dinámica misma de la libertad de elección. Esta autodeterminación del sujeto, en que consiste la libertad de elegir, comporta dos resultados bien diferentes: el *compromiso* que adviene al sujeto en virtud de la elección realizada y, simultáneamente, la *renuncia* a la consideración y ejecución de otras muchas trayectorias posibles, al menos mientras se realiza en el tiempo la ejecutoria a cuyo través se esqueleta y cumple la consecución de lo elegido.

Tanto en el compromiso como en la renuncia, simultáneamente generados por la elección, el hombre puede extraviarse.

Por el acto de elección, el sujeto se determina hacia una meta, dejando fuera de foco, desentendiéndose y transitoriamente renunciando a las indefinidas metas, que no infinitas, por las que habría podido optar. Al menos cuantitativamente, desde esta perspectiva, lo renunciado es mucho más numeroso que lo elegido, que por la entraña misma de la elección es forzosamente puntual y bastante concreto.

Consideradas así las cosas, *elegir es tanto como renunciar*, o dicho de otra forma lo renunciado en cada acto de elección es mucho más extenso y numeroso que lo elegido.

De ahí que lo que realmente importa es que lo elegido en sí mismo tenga sentido para su elector. Pues si, para elegir A, es inevitable renunciar a todo lo que no es A, aunque sólo sea en ese momento, si A no vale la pena esa elección puede resultar esterilizante. Doblemente esterilizante, puesto que la renuncia a todo lo que no es A es, en primer lugar, muy costosa, y, en segundo lugar, porque si lo elegido, es decir, A, no vale la pena, el elector difícilmente podrá enriquecerse con lo que revierta a él tras conseguir lo elegido. Es decir, que esa elección A no valía la pena. La libertad de elegir A enriquece al hombre cuando éste no tiene inconveniente en renunciar a todo lo que no es A, y, además, lo hace muy gustoso, persuadido como está de haberse comprometido con lo pertinente y valioso que para él es lo que en

ese momento ha elegido (Polaino-Lorente, 2006).

Una persona madura y equilibrada no siente nostalgia alguna -o si la siente, logra que ésta se disipe con prontitud- y no se escapa con fantasías disruptivas y quiméricas respecto de lo renunciado, sino que tenazmente trata de alcanzar lo elegido y, además, se aplica con sus mejores energías al estricto logro de lo elegido.

Pero a la vez, en la medida que logra lo elegido, de nuevo se entrega a lo logrado -otro acto de elección-, pues sólo la entrega a lo logrado conseguirá enriquecerle y hacerle gozar. Lo contrario supondría una insensatez, una falta de juicio que le conduciría a la sinrazón. Esto demuestra que *elegir es comprometerse con lo elegido*.

Emotivismo adolescente y analfabetismo afectivo

Se ha aludido, líneas atrás, de la facilidad con que muchos jóvenes se hacen dependientes de sus padres. De la poderosa dependencia sobreprotectora de los padres se pasa a la búsqueda de esa dependencia en la pareja o en la pandilla. Hay, pues, un *transfer* de dependencia: de los padres al otro o al grupo de pertenencia.

Por esta vía no se entiende cómo podrán lograr la natural independencia, que casi siempre supone tomar conciencia de la propia libertad y la asunción de la responsabilidad que se deriva del ejercicio de esa libertad. El apego entre adolescentes de distinto sexo es apenas un simulacro del apego entre padres e hijos.

Anarella (2005) ha introducido un nuevo término -la 'pareja-bebé'- para referirse, precisamente, al apego sentimental entre jóvenes inmaduros de distinto sexo que, no obstante las diferencias que hay entre ellos, buscan encontrar la misma dinámica afectiva -o una prolongación de ella- que caracterizaba la relación con sus progenitores. Pero el otro o la otra no son su padre ni su madre.

La filiación no puede ser sustituida por la igualdad. El otro o la otra precisa encontrarse con una persona de la misma edad, capaz de sostener, entre iguales, esa fuerte relación de interdependencia, respeto y paridad en pie de igualdad. El otro es un *tú* real que da al mismo tiempo que exige. El otro no es un mero sustituto del padre o de la madre, en el que refugiarse o al que pueda exigírsele las atenciones, cuidados y afectos parentales a los que se estaba acostumbrado. El otro es diferente a los padres de los que procede. La relación con el otro forzosamente ha de ser diferente a la acostumbrada relación que se tenía con los progenitores. El otro da y exige, comprende y necesita ser comprendido, quiere -a su manera- y precisa ser querido. El otro es una nueva persona con la que se establece una original relación que muy poco tiene que ver con las relaciones afectivas parentales originarias. La nueva relación es, desde luego, original, pero no originaria. Por eso, la persona que con su afectividad da muy poco -que no se dona como persona- es muy parecida a la afectividad que es propia de los hijos en las relaciones con los padres de origen (Polaino-Lorente, 2004 y 2006).

El salto de uno a otro comportamiento afectivo es tan diverso, que está sembrado de paradojas. No es extraño que se produzcan choques, desconciertos, incomprensiones y erróneas interpretaciones acerca del modo de manifestar (dar y acoger) el cariño del otro. Es preciso tratar de aprender que el otro se presenta, en cierto modo, como un *novum* de las relaciones humanas, sin parangón alguno con las relaciones que se tejieron y aprendieron en el entramado de las interacciones con los respectivos padres.

A ello se añade que la hermenéutica de la afectividad familiar, en la que ha sido educado el adolescente, estaba centrada en otros presupuestos: el bienestar afectivo, la innecesaria comprensión del otro, la aceptación más que la donación, el bienestar afectivo individual con el completo olvido del de sus padres.

La afectividad familiar, propia de los jóvenes, hunde sus raíces casi exclusivamente en el “tomar” y casi nada en el “dar”. Esa afectividad está centrada en el propio yo con olvido del tú. Es una afectividad que busca –cuando no exige- el amparo, el servicio, el cuidado, sin contraprestación alguna –ni afectiva ni comportamental- con las personas de las que lo recibe (Polaino-Lorente, 1999).

La afectividad emergente en el núcleo familiar, si no es educada, tiende a prolongarse en la *afectividad narcisista e inmadura*: una expansión del yo, tan superficial como autoritaria, que a nadie hace justicia, ni siquiera a sí mismo. Esta afectividad expansiva y narcisista es como una emanación del yo, que además ignora cualquier límite –grande o pequeño- que imponga la realidad.

¿Se puede querer sin que se hayan experimentado y verificado los límites propios y ajenos? ¿Es sostenible una afectividad arraigada sólo en el tomar y sin otros límites que el ‘me apetece’, ‘me gusta’ o ‘me interesa’ de un yo que todavía no ha madurado? ¿Se someterá a alguna norma, autoridad, principio (respeto) o estilo de comportamiento, una afectividad en expansión que “nace-de-sí” y “vuelve-sobre-sí”, sin alcanzar a nadie más? ¿Resistirá el otro este modo de relación, cuando observe que se conculcan sistemáticamente sus más elementales derechos, incluidas las mínimas reglas que regulan el comportamiento social humano? ¿No estaremos muy próximos a una afectividad dictatorial y tiránica que manipula al otro al que hace rehén en las propias y alambicadas mallas de su inmadura emotividad?

Un matrimonio mal avenido: sexualidad y afectividad

En muchos jóvenes, la sexualidad se ha independizado de la afectividad, como una instancia autónoma e independiente, que busca ser satisfecha de forma automática y mecánica. El autónomo comportamiento sexual no sólo ha banalizado la sexualidad sino que también la ha deshumanizado (Polaino-Lorente, 1992).

En la sexualidad así ejercida se desvanece el rostro del otro. La sexualidad deviene en una actividad anónima, a pesar de que forzosamente comparezca el otro. La exigencia aquí de la interpersonalidad es sólo física y mecánica y está vacía de cualquier referencia personalizadora.

La afectividad, en cambio, ha sido reducida a *emotivismo*. Se desvanece así el natural ensamblaje entre afectividad y sexualidad en el compromiso personal del encuentro entre dos existencias corporizadas.

Tal y como hoy la viven muchos, ni la sexualidad ni la afectividad están en armonía con la verdad. La satisfacción sexual gira en el vacío de lo impersonal y, por eso mismo, frustra y culpabiliza. Las relaciones sexuales apersonales manifiestan una nueva y poderosa fragmentación de la unidad y unicidad de la persona. La mentira que oculta el comportamiento sexual despersonalizado –y sin compromiso alguno- salpica e invade también el ámbito de la afectividad, al que impide su asentamiento en la verdad.

La misma corporalidad ha sido desgarrada del ser humano. Esta fragmentación usurpadora tiene hoy dos manifestaciones contradictorias y, no

obstante, paradójicamente compatibles: el culto al cuerpo y el desprecio de la corporalidad.

El *culto al cuerpo* se alza ahora como un nuevo ídolo, como un sustitutivo sólo estético de la ética religiosa acerca de la corporalidad. El desprecio de la corporalidad –y, en general, del cuerpo animado- ha despojado a la persona de todo valor moral. El cuerpo es apenas un trasunto alejado de la persona; el cuerpo es apenas un instrumento sólo útil para procurarse el placer.

Pero sin cuerpo la persona no puede amar. El amor exige la comparecencia de la corporalidad. No hay personas sin cuerpo, aunque el cuerpo haya de estar sometido a la persona de la que forma parte y es parte indisoluble. El cuerpo merece por eso respeto y no puede ni debe degradarse a mera epidermis o a sólo cierta envoltura de la persona.

Si la sexualidad y la afectividad se disocian y acaban por oponerse entre ellas, ¿qué es lo que la persona puede hacer en este ámbito? ¿Satisfacer la sexualidad en contra de la afectividad? ¿Satisfacer la afectividad en contra de la sexualidad? Al proceder así, ¿encontrará su gozo cumplido? Lo que cabe esperar de una satisfacción escindida e incompleta como ésta es una completa frustración.

Si la sexualidad y la afectividad no coinciden en un acto unitario, la realidad de esa unión personal resulta falseada y lleva en sí misma el germen de la tragedia. La unidad de la persona, en el encuentro sexual y afectivo, exige la apuesta por la verdad de la completa donación y aceptación de la entera persona del otro. Un encuentro en el que sexualidad y afectividad, por ser verdaderas, resultan inseparables (Polaino-Lorente, 2006).

La sexualidad y la afectividad no son comportamientos arbitrarios, meras futilidades, actos mecánicos e independientes que no afectan el “núcleo duro” de la persona. Sexualidad y afectividad se presentan en la sociedad actual separadas de tal modo, que no parecen tener nada que ver entre sí.

La actual sociedad mediática se recrea en despojar de cualquier significado moral al comportamiento sexual y afectivo. La ética del comportamiento sexual humano se ofrece ahora como un mero pragmatismo que emerge del cálculo utilitario, cuyo único destino es evitar la procreación y el contagio de enfermedades.

La sexualidad y la afectividad se ofrecen hoy como baratijas, como objetos de consumo para la mera satisfacción instintiva animal –placer y emotivismo-, sin hacer referencia para nada a la libertad humana. Pero si estas relevantes dimensiones del comportamiento humano se desgajan de la libertad, la misma libertad será vaciada de sentido. Si la persona no dispone de otra libertad que la que le proporciona el horizonte determinista de la satisfacción animal, la persona ha sido destruida, se ha deshumanizado y, en consecuencia, ha dejado de ser persona.

Sexualidad y afectividad, por el contrario, se identifican en la raíz última del ser, donde se entretajan dando origen al amor conyugal. Un amor que es el contenido de una exigencia del ser personal, la verdad indubitable que da sentido a las biografías de los que se aman. Sexualidad y afectividad precisan de la confianza que anida en la verdad del ser. Es la verdad del ser la que sostiene a una y otra. Cualquier fractura o fragmentación que se produzca en y entre ellas, y llegue a disociarlas, conducirá a la persona a la desesperación y la tragedia.

El reconocimiento de esta verdad antropológica encamina a una mejor y más profunda comprensión de los mandamientos de Dios. Los mandamientos tampoco son arbitrarios o extraños a la condición humana. Los mandamientos

explanan y formulan de forma explícita el contenido moral que en sí mismo tiene el ser personal. “Los mandamientos de Dios –escribe Ratzinger, 1990- no son arbitrarios; son sencillamente la explicación concreta de las exigencias del amor [...] Los mandamientos traducen el lenguaje del ser al lenguaje humano.”

La educación del deseo

Los deseos no son las necesidades, aunque la necesidad vital emerja a la conciencia como un cierto deseo. “Que no les falte de nada” no debiera convertirse en un principio educativo, bajo cuya inspiración se diseñe el comportamiento de los padres respecto de sus hijos.

Los hijos son personas, y como tales han de experimentar deseos que no pueden ser satisfechos por los padres. Si los padres los satisficieran, los padres serían percibidos como omnipotentes, mientras que los hijos confundirían el mero desear con las necesidades primarias que para el sostenimiento de la propia vida demandan ser satisfechas.

La función de desear es muy digna y necesaria para la condición humana; como digno y necesario es también un cierto entrenamiento en soportar las molestias del deseo no satisfecho. Tan humano es lo uno como lo otro. Pero el deseo, por sí mismo, no es un imperativo categórico que haya de ser siempre satisfecho, pues de lo contrario podría peligrar el sostenimiento de la vida.

Los deseos cumplen otras muchas funciones que también son importantes para la persona. La función de desear está vinculada a la imaginación, a la creatividad, a la fantasía, a la inspiración, a la solución de conflictos y problemas. El hecho de que no todo deseo se satisfaga –especialmente en el punto y hora en que acontece- no frustra ni origina relevantes traumas, que forzosamente habrían de condicionar la vida futura de ese hijo. Además, aunque los padres pudieran y/o quisieran, es imposible que puedan satisfacer cuantos deseos se les ocurra a sus hijos.

La emergencia de los deseos humanos es ilimitada e indefinida; su satisfacción, por el contrario, es muy limitada y restringida. Eso por no hablar nada más que de su número. Si apelamos a sus contenidos, se observará que muchos de ellos son meras conjeturas mal hilvanadas y muy poco conformes con la realidad. Hay deseos que de satisfacerse dejarían insatisfecha a la persona deseante. Como también hay obligaciones no deseadas que, una vez que se cumple con ellas, pueden dejar muy satisfecha a la persona que las ha realizado.

Aprender a distinguir entre los deseos bien o mal fundamentados y entre éstos y las obligaciones que conllevan es algo que está inscrito, por propio derecho, en el ámbito de la educación familiar. Deseos, necesidades y realidad son dimensiones del ámbito de lo humano en que es absolutamente imprescindible educar.

Si lo que se desea no se acompaña del esfuerzo que hay que hacer para ganarlo, ¿cómo aprender, entonces, la natural resistencia de la realidad a la función desiderativa del propio yo? Si todo lo que se desea es satisfecho por otro, ¿no es lógico que se dependa de ese otro, al menos en todo cuanto se refiere a la acción de desear y su satisfacción? Pero si el deseo es satisfecho siempre por otro, ¿cómo asentar en el propio yo la capacidad de independencia y diferenciación respecto de los demás? ¿En dónde fundamentar, entonces, los legítimos sentimientos acerca de la propia valía personal?

Si el joven no es capaz de satisfacer sus deseos por sí mismo, es frecuente que se bloquee o subestime, que pierda la confianza en su propio ser, que se perciba como un ser inútil y dependiente siempre de otros, incluso para satisfacer cualquier deseo por modesto que sea.

Un joven al que, supuestamente, “no le ha faltado de nada” le falta lo más importante: el poderoso deseo que no puede ser satisfecho por sus padres: la confianza en sí mismo. De esto tienen hoy mucha necesidad algunos de los jóvenes. La mayoría de ellos se subestiman por debajo de lo que realmente valen. Lo que implica que no se conocen (Polaino-Lorente, 2004).

No, no parece que en la sociedad actual los padres estén advertidos contra el nefasto principio de que a su hijo “no le falte de nada”. Si un hijo descubre que le falta algo, y sus padres no se lo proporcionan, está en la mejor de las condiciones para tratar de probarse a sí mismo y alcanzar por sí mismo lo que se propone. Esto es lo propio de la condición humana, que entiende la vida como tarea, como proyecto.

Se trata de aventurarse a resolver un problema que al joven personalmente atañe, sin apelar a los padres de quienes ha recibido casi todo hasta ahora.

¿No quería ser independiente? ¿No quería disponer de su vida, sin seguir el dictado de sus padres? Pues he aquí que se le ha presentado una excelente ocasión para a sí mismo probarse, para jugar a ser libre con una libertad que ahora se estrena, para ensayar de una vez por todas qué persona es y cuál es su valía, además de conocer las herramientas humanas de que dispone para resolver sus propios problemas. Pero si no echa en falta esa ‘carencia’, esa falta de satisfacción, automatizada y tal vez mecánica del deseo que acaba de surgir en él, –porque sus padres se la proporcionan-, ¿cuándo se encontrará con la realidad de su persona y del mundo en que vive?

La sociedad actual favorece la dependencia psicológica y el infantilismo crónico de los jóvenes. La dependencia psicológica porque, en clave afectiva, se les permite todo durante la infancia, al mismo tiempo que no se les afirma en su propio valer y, de acuerdo con él, se les enseña a que a sí mismos se exijan.

El *infantilismo crónico*, porque apenas se comparte con ellos el tiempo y la vida; porque se sustituye el tiempo y la atención que no se les dedica por meros caprichos: la necesidad de “ser querido” por la de tener cosas y objetos para el entretenimiento; porque se les permite suponer que la realidad se construye con las fantasías de su imaginación. Si nada resiste a su voluntad cuando pequeños –y esto es lo que se les enseña, a través del consumismo proteccionista y sustitutivo de los padres-, ¿cómo hacerles entender, cuando jóvenes, que no todo puede configurarse de acuerdo con sus intereses subjetivos? Padres y profesores se han olvidado de decirles que la realidad objetiva no suele coincidir con los anhelos subjetivos: que lo que mucho vale mucho cuesta.

A la búsqueda de la felicidad

Todas las personas quieren ser más y mejor. Esa aspiración es razonable y normal, porque va implícita en la misma condición humana. Pero para que ese anhelo natural encuentre su fin hay que evitar dos tentaciones modernas: la de ocuparse únicamente de los problemas humanos, y la de apelar a sólo las propias fuerzas y capacidades.

La primera tentación se olvida del primer mandamiento (“amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas”),

mientras se ocupa de lo que se le aparece como prioritario (solucionar la injusticia, la miseria, la enfermedad y el hambre en el mundo). “Ante la miseria ingente que sufren tantos países del Tercer Mundo –escribe Ratzinger, 1990-, muchos, incluso buenos cristianos, piensan que hoy ya no es posible atenerse a este mandato; piensan que ha de diferirse durante un cierto tiempo el anuncio de la fe, el culto y la adoración, y tratar primero de dar solución a los problemas humanos. Pero con semejante inversión crecen los problemas, se incrementa la miseria. Dios es y será siempre la necesidad primera del hombre, de suerte que allí donde se pone entre paréntesis la presencia de Dios, se despoja al hombre de su humanidad, se cae en la tentación del diablo en el desierto y, a la postre, no se salva al hombre, sino que se le destruye”.

La segunda tentación consiste en apelar a sólo las propias fuerzas y capacidades. La persona quiere ser más y mejor, pero únicamente de acuerdo con su criterio personal, del que muchos han excluido a Dios. En el fondo, esa búsqueda de perfección nace de sí y acaba en sí, por lo que está herméticamente cerrada en la autoperfección ególatra y narcisista.

La búsqueda de la *autorrealización*, en este caso, es más una resistencia frente a Dios y a los demás, a los que no se abre ni se les permite que contribuyan a su enriquecimiento personal. Se trata más bien de una perfecta imperfección reaccionaria, puesto que el “arquitecto de sí mismo” que es cada persona se autoexcluye y aísla en su fingida autosuficiencia, con exclusión de cualquier otro que no sea su propio yo.

Pero si no apela a la ayuda de Dios y de los otros es porque su proyecto no está puesto en la realidad, ya que no ha advertido necesidad alguna que supere sus limitadas fuerzas. Por no sentir, algunos ni siquiera han experimentado la necesidad de amar y ser amados, la necesidad de perdonar y ser perdonados.

¿Qué cabe esperar de un proyecto como éste? ¿Conseguirá sólo por sí mismo lo que se propone? ¿De qué le servirá complacerse a sí mismo, si no tiene quien le quiera? Y si no tiene a quien querer y quien le quiera, ¿para qué le sirve lo que ha conseguido? ¿Podrá liberarse del complaciente yo que de aquí resulta? Pero si no puede liberarse de sí mismo, si no puede abrirse a los otros, es que está cautivo en su propio yo. ¿Puede afirmarse que una persona se ha autorrealizado cuando es rehén de sí misma y está cautiva en su propio yo?

La autoexclusión y cerrazón en sí mismo genera la soledad. El miedo se agiganta en la soledad. La intimidad de una persona acaba así por ser invadida por los miedos (Polaino-Lorente, 2006): el miedo a darse a sí misma, el miedo a no saber para quien o para qué vive, el miedo a morir sola, el miedo a haber gastado su vida en beneficio de nadie y de nada, el miedo y el rechazo a un yo gigante que en su soledad ruge desesperado sin nadie que le consuele.

El miedo ante el futuro y ante la propia debilidad exige ser vencido. De otra forma, la misma vida no es sostenible porque se hace insoportable. Pero no parece que el miedo pueda ser extinguido con sólo los medios humanos. Es necesario apelar a alguien que está más allá del hombre. ¿Dónde encontrar la fortaleza que hoy necesitan los jóvenes? ¿Pueden esperar todavía algo de Dios?

El miedo y el amor son incompatibles. En el espacio del miedo no puede crecer el amor. El Dios cristiano todo lo puede y es la suma bondad. El Dios cristiano es Amor. Su bondad no conoce límites y puede todo: lo grande y lo pequeño. Se dirá que Dios es también Justo y es tanta la debilidad humana...Pero ninguna fragilidad ni debilidad humana es mayor que la misericordia divina. En Dios se identifica el Poder y el Amor, la Misericordia y la Justicia. Como sostiene

Ratzinger (1990), “Dios es impasible pero no cerrado a la compasión. Dios no puede padecer, pero si compadecerse”.

“Justicia abundante no significa incremento de la casuística y de las leyes. Justicia abundante es justicia según el modelo del Señor (...), una justicia íntimamente caracterizada por el principio ‘por’, por el hombre, que “se sabe pecador y necesitado del perdón divino. Sabe que vive del amor del ‘Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí’ (Gál 2,20)”.

“La nueva justicia del Nuevo Testamento –Ratzinger, 1990- no viene simplemente a superar la justicia precristiana; no es una mera añadidura de obligaciones nuevas a las ya existentes; esta justicia tiene una estructura nueva, la estructura cristológica, la estructura de la abundancia, cuyo centro se revela en la palabra ‘por’: ‘el cuerpo entregado *por* vosotros’, ‘la sangre derramada *por* vosotros’”(…) Dios no da cualquier cosa. Dios se da a sí mismo. Dios es abundancia porque es Amor: Dios, en Jesucristo, es enteramente ‘para-nosotros’, y así manifiesta su verdadera divinidad”.

“El cristiano no espera recibir de la bondad de Dios cualquier cosa; pide a Dios el don divino: el Espíritu Santo; pide a Dios nada menos que a Dios mismo –la bondad misma, el amor mismo-, el Dios que se hace don de sí, el Espíritu Santo. (...) El Espíritu Santo lo penetra *todo*; pero acentúa el objetivo concreto de la oración: que dejemos de ser malos y nos hagamos buenos en virtud de nuestra participación en la bondad misma de Dios. Este es el verdadero fruto de la oración: que no sólo *tengamos* cosas buenas, sino que también *seamos* buenos”.

En esto consiste el derecho a la felicidad y la misma felicidad: en autorrealizarse de tal modo que el Amor a Dios y la participación en el Amor que Dios nos tiene haga que la ‘imagen de Dios’, que es cada persona sea, más verdaderamente imagen fiel suya, que la ‘ semejanza de Dios’, que es cada persona, se identifique más con el mismo Dios. De esto depende la *autenticidad e identidad* de la persona (ser uno mismo, ser el que verdaderamente es, ser el que quiere y debe ser) y su *felicidad* personal.

Contra la fragmentación y descomposición de la felicidad humana –eso que alimenta el miedo de los jóvenes, y tanto les afecta-, hay soluciones o, por mejor decir, hay una solución: la oración. Para que la felicidad personal sea plena, en su extensión e intensidad, hemos de seguir el consejo de San Juan (16,24): “Pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo”. A lo que Ratzinger (1990) añade: “El contenido de todas nuestras exigencias, de todos nuestros deseos, es la dicha, la felicidad; todos y cada uno de nuestros particulares anhelos buscan fragmentos de felicidad. San Juan, con San Mateo, nos dice: pedidle a Dios todo; buscar siempre la felicidad; el Padre tiene el poder y la bondad de otorgarla. Con San Lucas, Juan afirma: todos los bienes singulares son fragmentos de esta única realidad que se expresa en el gozo. El gozo, en último término, no es más que Dios mismo, el Espíritu Santo. Buscad a Dios, pedid el ‘gozo’, el Espíritu Santo, y lo habréis conseguido todo”.

Bibliografía

Anatrella, T. (2005). El mundo de los jóvenes: ¿quiénes son? ¿qué buscan?, *Zenit*, 8. VIII. 05.

Gebsattel, F. von (1966). *La comprensión del hombre desde una perspectiva cristiana*. Rialp. Madrid.

Marías, J. (1979). *La justicia social y otras justicias*. Espasa-Calpe. Madrid.

Polaino-Lorente, A. (2006). Los miedos del hombre, en J. Andrés-Gallego (Ed.). *Relativismo y convivencia. Paradigma cultural de nuestro tiempo*. Universidad Católica San Antonio. Murcia, 279-300.

Polaino-Lorente, A. (2006). La educación de los sentimientos y la sexualidad. *Revista Española de Pedagogía*, 235, 429-452.

Polaino-Lorente, A. (2006). La filosofía personalista de Karol Wojtyła en el ámbito del trabajo, en J. M. Burgos (ed.). *La filosofía personalista de Karol Wojtyła*. Palabra. Madrid, 145-165.

Polaino-Lorente, A. (2004). *Familia y autoestima*. Ariel. Barcelona.

Polaino-Lorente, A. (2003). *En busca de la autoestima perdida*. Desclée de Brouwer. Bilbao.

Polaino-Lorente, A. (1999) *¿Síndrome de Peter Pan? Los hijos que no se van de casa*. Desclée de Brouwer. Bilbao.

Polaino-Lorente, A. (1992). *Sexo y cultura. Análisis del comportamiento sexual*. Rialp. Madrid.

Ratzinger, J. (1990). *El camino pascual*. BAC. Madrid.